

ciones, con toscas puertas de cedro labradas ya en cuadrilongos, ya en trapecios, ya en cualquiera otra figura geométrica que, examinadas bien, daban una curiosa muestra de la carpintería antigua. Al frente, dos salones espaciosos; en el fondo, un gran corredor capaz de contener cien convidados; y en los costados, viviendas, recámaras, gabinetes, retretes, cocinas, una confusión de cuartos de doble fondo, al punto que el que no conocía el local, se aturdí y se extraviaba fácilmente. Los techos, todos de cedro labrado con sus ménsulas terminando en caras de leones o de perros. Las paredes estaban pintadas simplemente de cal; pero en los salones y piezas de honor se reconocía una buena pintura al fresco en los frisos, con sátiros, ninfas, cornucopias, jarrones de flores y cariátides; pero todo viejo, polvoriento, con cuarteaduras muy tapadas y con remiendos hechos por un pintor de ollita. Añádase a esto la falta de muebles y de habitantes, y resultaba el caserón un tanto pavoroso.

Después del fallecimiento de la rica trajinera madre de Cecilia, el caserón de San Fernando se puso en venta; pero a pretexto de que se necesitaba mucho dinero para repararlo, y era verdad, no hubo quien ofreciera más de dos mil pesos; no queriendo casi regalarlo, los herederos convinieron en quedarse con él, y sucesivamente vivieron los hermanos y parientes; pero Cecilia poco a poco les fue prestando hoy veinte pesos, mañana treinta, hasta que un día liquidaron amigablemente, y Cecilia quedó dueña absoluta y se estableció allí cuando su parentela había abandonado definitivamente la casa y el pueblo.

Los salones los tenía ocupados con paja, maíz y cebada arrumbada en los rincones, con aparejos de burros, con jarcia, con remos y pedazos de chalupas y con otros mil trebejos; las ventanas se abrían una media hora de tiempo en tiempo para dar ventilación; los demás cuartos —y eran catorce o quince—, vacíos y sin muebles, menos el departamento que ella se había reservado, que consistía en la cocina, que tenía muy limpia; en una especie de sala y dos recámaras; piezas todas amplias, de techos muy altos, que comunicaban con la azotehuela, con el corral y caballerizas, y con la huerta, que estaba abandonada y que, rodeada de una alta cerca de adobe, tenía una ancha puerta a la espalda de la casa por donde entraban y salían, cuando era necesario, los carretones. Del costado de la huerta a la laguna había una corta distancia; Cecilia, poco a poco, sin pedir permiso a nadie y sin que nadie tampoco se lo estorbara, fue cavando un canal hasta que logró llegar a la orilla del agua, y con trabajo y arrastrando con cuerdas las canoas logró que entrasen hasta dentro de su casa; de modo que, en la estación de las lluvias, en que abundaba el agua en los lagos y canales, podía salir embarcada en su trajinera desde su palacio de Chalco, y entrar en el muelle de piedra de sus almacenes de la Calle de la Acequia. En el tiempo de secas esta navegación era difícil y tenía que suspenderla algunos meses, limitándose a embarcarse en Chalco como todo el mundo y venir a la garita de San Lázaro, de México.

En la sala que habitaba Cecilia había en el centro una mesa sola anti-

gua, con la tabla de cedro de una pieza, muy gruesa y de más de media vara de ancho, lo que daba testimonio de los frondosos y colosales cedros que debieron encontrarse en los montes cercanos en tiempos remotos; dos canapés de caoba con pies de leones, uno con tabla y otro acojinado con indiana, unas cuantas sillas de caoba que estaban como de respeto, y más de una docena de sillas ordinarias de tule, de distintos tamaños y colores. Un petate de Puebla con tejidos rojos servía de tapete al estrado. Ni un espejo, ni un cuadro, ni una estampa de santos; las paredes lisas y limpias, con los restos extraños de los frescos retocados con colores fuertes y, por consiguiente, echados a perder. El techo era un verdadero artesón de cedro digno de un palacio.

La primera recámara servía de muchas cosas; en primer lugar, de guardarropa. De uno a otro extremo había cuatro cuerdas gruesas fijadas en la pared con unas alcayatas. La primera y segunda cuerda estaban destinadas para las camisas y enaguas blancas; las otras dos, para las enaguas de encima y para los rebozos. Las camisas y enaguas, con pocas excepciones, estaban bordadas, cosidas con randas y terminadas en encajes finos. Las enaguas de encima presentaban una variedad infinita. Seis u ocho de castor, variando los encarnados, con cinturas de tafetán, salpicadas de lentejuelas de plata y oro o sin ellas; las demás, azules, verdes y de muchos colores, de las indianas más caprichosas que se fabrican en Inglaterra y Francia, expresamente para las Américas. Los rebozos de seda, de otate, de bolita, de hilo común, hechos en Temascaltepec, en Tenancingo, en San Miguel el Grande, en todas partes donde los tejían mejor; en resumen, el guardarropa era tan variado, tan surtido y tan lujoso como el de una comedianta de primer rango; pero además, tan limpio, tan oloroso, tan atractivo y tan curiosamente colocado, que debajo de aquellas camisas blancas y de las enaguas de vivos colores, huecas y esponjadas con el almidón, el hombre de menos imaginación, San Luis Gonzaga mismo, que hubiese podido levantar los ojos, habría creído ver moverse dentro los brazos, el pecho, las piernas frescas y redondas de otras tantas mujeres, vestidas de chinas y *tapatías*, como se veían en las calles de México, de Puebla y de Guadalajara. En un rincón de este cuarto estaba un montón de colchones de diversos tamaños, frazadas y sábanas finas y ordinarias, que casi llegaban a las vigas; en otro, petates ordinarios por docenas, y en el tercero, en una especie de armario de palo blanco sin puertas, filas de zapatos bajos de seda verde, azul oscuro, blancos, negros, carmelitas; uno que otro par amarillo canario o azul claro; pero todos, lo mismo que la ropa, limpios, olorosos, provocantes, pues era la pieza más limpia y perfumada con sahumerios de exquisitas plantas, con el aroma de unas cuantas macetas que cultivaba Cecilia en la azotehuela y que colocaba algunas horas allí para evitar que se tostaran con el sol y dejaran al mismo tiempo sus aromas. Junto a ese escaparate había una tina grande de madera, otra de hojadelata, una calentadera y varios cubos de bateas pequeñas.

La tercera pieza, que era la que Cecilia había destinado para su recámara y la única en que habitaba, pues las demás estaban cerradas con llave, era

quizá la mejor de la casa. Amplia, casi cuadrada, con dos grandes ventanas al costado derecho de la finca, una puerta al frente, desde donde se veían las montañas y la llanura inmensa de agua, y, lo mismo que la sala, con un curioso artesonado de cedro como si lo acabaran de reponer; los frescos de las paredes, aunque desmejorados, sin toques ni pintarrajos, parecían una imitación o copia de esas complicadas grecas, cenefas y adornos de los pergaminos antiguos; el suelo, de buenas y nuevas soleras enlazadas en cada cuatro con azulejos; las ventanas y la puerta con sus vidrieras y cortinas de lienzo transparente blanco, bien plegadas; la cama, muy limpia, pintada de verde, con su cabecera y rodapié con miniaturas y flores; tres colchones cubiertos con sábanas bordadas y finos sarapes de San Miguel, y las almohadas un primor de calados, randas, bordados y relieves de seda de colores, obra de manos de la misma Cecilia, que había estado de pupila en México, en su niñez, en la amiga de las *nanitas*, en la calle de Medinas, y por inclinación se dedicó a la costura, al bordado y muy poco a la lectura y a la escritura. Una mesa, unos sillones, unas sillas, un ropero de caoba, dos grandes pantallas, única cosa que adornaba las paredes; eran los muebles verdaderas anti-guallas rotas, desdoradas, que había tenido cuidado de mandar restaurar. En un rincón una regular escultura del Señor del Sacro Monte, con un vaso delante lleno de flores. Los obligados y conocidos petatitos de Puebla servían de alfombras. Cuando ocurrió el naufragio, Cecilia misma, a pesar del susto y de la fatiga, ayudada de la hija de un remero dispuso una de las mejores piezas para el licenciado Lamparilla, poniéndole un banco de cama que encontró entre los trebejos de los salones, su par de colchones, buenas sábanas y cobertores, y sillas y sillones más decentes, sin faltar candeleros y demás cosas indispensables en una recámara, que abundaban también, aunque no de lo más escogido y fino, mientras que a Evaristo lo colocó al otro extremo de la casa, dándole por cama tres o cuatro petates ordinarios, un poco de paja seca y un par de frazadas. Para un desconocido era mucho, y demasiado buena fue con albergarlo y mantenerlo por tres días.

Cuando residía Cecilia en lo que llamaremos su castillo de Chalco, dejaba cerrado el puesto de la Plaza del Volador, y los almacenes de la calle del Puente de la Leña a cargo de un remero ya medio instruido y civilizado, que había elevado al rango de mayordomo, y un velador en la calle, y se llevaba a sus dos doncellas, que, como la mayor parte de las indias, tenían el nombre de la Virgen; pero para distinguirlas a una le llamaba María Pantaleona y a la otra María Pánfila. Las había traído de Ameca casi niñas y las acostumbró a su modo y trabajo que tenían que hacer: eran labraditas, limpias, afables, medio civilizadas con el trato de los marchantes, de una sencillez y candor que, como se dice, no habían perdido la gracia del bautismo; y las desvergüenzas y malas palabras que oían a los cargadores, cocheros y verduleras, las solían repetir con la mayor naturalidad, como los niños, y sin comprender su significado. En la sangre tenían la honradez y jamás les había dado la tentación de *enconarse* ni con un tlaco. La venta de la fruta entraba íntegra en los cajoncitos que tenía Cecilia dedicados a guardar el duro,

el menudo y el cobre; fieles y apegadas a su ama, la servían al pensamiento: en el puesto, vendiendo fruta; en la cocina, en el aseo de las cosas, en el cobro de deudas y mandados, desde que había desaparecido Juan; en una palabra, eran sus esclavas; pero en compensación comían y vestían bien, y además recibían un buen salario, que Cecilia les guardaba, o les compraba sus hilitos de perlas, sus arracadas y sus medallas de plata. Estaban las dos Marías tan contentas, que oro molido que les hubieran ofrecido en otra parte lo hubiesen rehusado por no abandonar a su ama. Aparte de los disgustos en la plaza con los marchantes que manoseaban la fruta sin comprarla, las borracheras de los indios remeros, lo cual era realmente insignificante y pasajero, esta familia de tres mujeres del pueblo, solas y aisladas en Chalco, pasaba la vida bien entre el trabajo, la buena comida y el mejor sueldo; y eran más felices que los que entre seda, plata y oro habitaban el palacio de la calle de Don Juan Manuel. La criada o segunda capitana, que acompañaba a Cecilia en sus viajes en la trajinera, era alquilada por viaje redondo y variaba cada mes o cada dos meses; pero las Marías nunca se le despegaban. Lo único grave era la guerra sorda, pero sin tregua, que le hacía *San Justo*; mas el percance del naufragio le había ocasionado el grandísimo bien de que Lamparilla le quitase este enemigo, y tal servicio lo agradeció tanto que no hallaba cómo pagárselo; se sentía como enamorada y dispuesta a corresponderle, pero desechó esa idea como una cosa imposible y pensó en hacerle un espléndido regalo. Un caballo del Jaral, un reloj de oro, un anillo de brillantes, una prenda, en fin, que llamara la atención.

Con estas ideas, con la de comprar o mandar construir en el astillero de Zoquiapan una buena canoa más grande y mejor que la que había naufragado, y con la de encargar a Tierra Caliente que continuaran los envíos regulares de plátano, de naranja, de chicozapote, de granada y otras frutas sabrosas de esas tierras, de que hacían gran consumo don Pedro Martín, los ministros de la Corte y la casa de los marqueses de Valle Alegre, Cecilia resolvió pasar un par de semanas en Chalco, y ya se verá que tenía necesidad de ello.

CAPÍTULO XLI

DENTRO DEL BAÑO

Un sábado muy temprano, Cecilia metía una pesada llave en la cerradura de la puerta de la casa de Chalco que hemos dado a conocer, y entraba seguida de las dos Marías, que cargaban unos envoltorios y canastas con quesos, mantequillas, chorizos y cuantas otras cosas son necesarias para una buena cocina.

—¡Dios nos asista! —dijo Cecilia luego que cerró tras sí la maciza y pesada puerta—. ¡Qué polvo, qué basura!, y estas condenadas golondrinas que me tienen los corredores hechos un asco; en cada solera tienen un nido

—continuó diciendo, levantando la vista y recorriendo los techos—. Estoy decidida a que vengan los remeros con unas escaleras y las echen de aquí a otra parte, que no hay escobeta que baste para tener limpia la casa.

Las golondrinas, como si hubiesen oído su sentencia de expulsión y tratasen de defender su causa, vinieron en bandadas del cielo azul cantando muy alegres y trayendo en el pico ya un grano, ya un gusanillo para sus hijos, que, en efecto, sacaban las cabecitas calvas de los nidos; les daban de comer y regresaban al éter puro, y volvían y pasaban cerca de Cecilia como queriendo saludarla y darle la bienvenida, y luego se colocaban en fila en los lagartos y monstruos aztecas que servían de canales, hasta que se atrevieron al fin a pararse tres o cuatro en los hombros de Cecilia, la que se apoderó por sorpresa de una de ellas mientras las otras saltaron asustadas a la cornisa. La golondrina prisionera se defendía y trataba de escapar, hasta que al fin cerró el pico y miró con sus brillantes ojillos a su carcelera.

—Parece que me conocen —le dijo Cecilia— y que han venido a pedirme que no les mate a sus hijos. Al fin, lo mismo que nosotros, son hijas de Dios —dijo soltándola—. Y luego, dicen las gentes que la casa donde anidan las golondrinas es feliz; al menos a mí, desde que me mudé aquí, ni me han robado, ni me he enfermado, ni me ha sucedido nada. Mira, María Pantaleona, no sólo vas a quitar ese polvo y tanta basura, sino a echar unos cubos de agua donde han ensuciado las golondrinas; y si no estás muy cansada coge las escobetas y deja los corredores limpios como un plato de China.

—Lo que usted quiera; pero mañana estarán lo mismo mientras estén llenos de nidos los techos.

—Dices bien; aunque me pese, es necesario desterrar a estos animales, que son bien cocijosos, destruir los nidos y sahumar con pólvora y azufre para que no vuelvan; y si son tenaces tirarles unos balazos con esa escopeta vieja que está arrinconada en la sala y que para algo ha de servir.

Y entretanto, las gozosas golondrinas, cantando y formando un concierto que aturdía, iban y venían de los campos verdes y del cielo azul a revolotear las alas delante de sus polluelos y a dejarles en el pico los mosquitos y palomitas de San Juan que habían cazado en el aire.

Cecilia se dirigía a uno de los salones en busca de unos cartuchos y de la escopeta vieja, pero se detuvo a contemplar la alegría, la felicidad y la confianza de las aves, que pasaban junto a ella como queriendo otra vez posarse en su hombro.

—¡Qué animales! —dijo—. Parece que me han entendido y que ya consideran ésta como su casa. Lo dicho: que se queden, no he de ser yo quien sea su verdugo y el de sus hijos. ¡Pobrecitas golondrinas! ¡Tan vivas, tan alegres!... ¡Me echaría la sal encima!...

Y con esta resolución, en vez de entrar en el salón, se encaminó a sus piezas, que las muchachas habían abierto de par en par.

—¡Calle! —continuó—. Mi ropa, mis zapatos, todo tirado y revuelto en

el suelo como si alguno hubiese entrado para hacer un *quimil** con ello y llevárselo.

Un ventarrón, que comenzaba a soplar en ese momento, había entrado por las ventanas y tirado y revuelto el bien abastecido guardarropa.

Cecilia volvió a colocarlo en el mejor orden, aseó, sacudió su habitación y gritó a Pantaleona, que, descalza y con las enaguas entre las piernas, echaba cubos de agua en los corredores y en el patio.

—Escucha, muchacha; mientras dispongo mi ropa y acabo la limpieza, me calientas aguas para el baño; pero, espera, ya sabes lo que tienes que hacer, y voy a darte el canastillo.

Cecilia abrió su ropero y entregó a la criada un canasto lleno de raíces, de yerbas secas y de pedacitos de palo de diversos tamaños y colores. Todo ello provenía de Jipila y eran yerbas aromáticas y medicinales que servían para apretar la cintura, para suavizar el pelo, para dar lustre a la piel, para aromatizar el agua, para mantener la dureza de los pechos. La herbolaria tenía sus tratos con Cecilia; le escogía de lo mejor y se lo vendía a buen precio, recibiendo además sus regalos de fruta y de recaudo. Las dos se entendían muy bien, y Cecilia, por experiencia, sabía que eran mejores los remedios mágicos de Jipila que las drogas de las boticas y las pomadas y perfumes de la peluquería.

En un momento estuvieron en las hornillas del brasero cuatro o seis ollas grandes llenas de agua. A la una le echó puñados de flor de romero, a las otras los palillos, hojas secas y raíces que escogió de la canastilla, y en seguida, y vaciando con un cubo la tina de madera llena de agua, que estaba, como hemos dicho, en el guardarropa, con lo cual acabó de lavar los corredores, dispuso lo necesario para el baño. Entretanto, María Pánfila molía el maíz y disponía el almuerzo. Cecilia sacudía uno a uno sus muchos pares de calzado de seda y acababa de poner orden en sus cosas.

El ventarrón cesó; el sol, que había estado en las primeras horas de la mañana velado a intervalos por nubes que se llevó el viento con dirección a la capital, entraba dorado y espléndido por las amplias ventanas; el ramo de rosas silvestres colocado delante del Señor del Sacro Monte despedía vivos olores, y la extremada limpieza de los muebles, y especialmente el lecho, daban a esta amplia recámara con su alto artesón, un aspecto no sólo de alegría, sino de algo que no se podría explicar; quizá también completaba el atractivo la presencia de la dueña y señora de ese castillo, entre rústico y grandioso y en la frontera de lo naturalista y de lo fantástico. Acababa de *trafaquear*, se había quitado su pañuelo de seda de cuadros rojos y azules que cubría su cuello; aflojada la jareta de su camisa, uno a uno desabrochaba los rosarios e hilos de corales y de perlas, los quitaba de su garganta y, lo mismo que las arracadas de oro de sus orejas, los depositaba en la mesa. Después dejó caer sus enaguas de encima, quedó con las interiores a media pierna, y se descubrieron sus pies calzados con unos zapatos de raso café,

* Bulto, lio, envoltorio.

arreglados a manera de pantuflas, dejando descubierto un talón redondo color de rosa.

—¡Muchachas! —gritó—. Estoy lista: traigan ya las aguas.

Las dos muchachas entraron corriendo tan luego como oyeron a Cecilia.

—Van a empaparse —les dijo—. Cierren bien las puertas del corral y de la calle para que nadie entre y pónganse su vestido de indias para que no echen a perder su ropa más de lo que está, pues no les he de comprar otra hasta el Jueves Santo.

Las muchachas, saltando contentísimas como unas chicuelas, fueron a cerrar las puertas y volvieron descalzas y enredadas con unas mantas azules de lana con rayas encarnadas, que les cubrían medio cuerpo. Una de ellas con una olla grande de agua hirviendo, con la flor de romero, y otra con un jarro más pequeño con diversa infusión de las plantas de Jipila, las vertieron en la tina, y la recámara se nubló con un vapor delicioso y aromático. Cecilia con una mano sacó por la cabeza su camisa, con la otra aflojó la cinta de sus enaguas, que cayeron en el suelo; entró en la tina y se sumergió en el agua perfumada.

—¡Ah! —dijo sacando el cuello y limpiándose los ojos con las manos—. Jipila no me ha engañado, el olor de sus yerbas es más fuerte que el del romero, huelan —y sacó un brazo redondo que chorreaba gotitas de agua cristalina, y dio a oler a las muchachas un poco de la que había recogido en el hueco de su mano.

—Cabal —contestaron—, el olor del romero se perdió ya, y esto huele como a azucena, como a clavel, quién sabe a qué, pero para eso le pagó usted catorce reales por el manojito que ya se acabó.

—Y si vieran que también pone el agua como suave, como no sé qué tan bonito que no me dan ganas de salir del baño. No se les olvide, aun cuando no esté yo en la plaza, de pedirle media docena de manojitos; pero vamos a lo que importa más, que es limpiarme el cuerpo, pues con todo y el romero y las yerbas de Jipila, todavía huelo yo misma a los pescaditos y a los yerbajos de la acequia... Ya les he contado lo que nos pasó, y ¿creerán que porque no se ahogara ese licenciado que temblaba... vaya, que daba lástima, ni se me ocurrió encomendarme a Dios? De seguro sin confesión me habría llevado el diablo.

Y diciendo se puso en pie, y en un momento la enjabonaron las dos muchachas y cubrieron su cuerpo de blanca espuma.

—¡Ah! Así, serio; no haya cuidado que no se me caerá el pellejo, con tal de que se me quite este mal olor... Qué preocupación... Huelan...

Las muchachas acercaron sus narices a las espaldas y a las piernas de Cecilia.

—Nada, doña Cecilia, nada, pura aprensión de usted; al contrario, huele su carne a clavel y a azucenas que tanto le gustan al señor licenciado.

—Ahora el agua que Jipila dice que es buena para la cintura. Yo no estoy mala de la cintura, pero ella dice que echándose esa agua nunca me en-

fermaré, y vale más, pues para trabajar, y para ir y venir, y para ganar con qué comprarles ropas, y a mí también, que nunca me basta con la que tengo, lo primero que se necesita es estar buena y sana... Pero... aprisa, que ya comienzo a tener frío.

María Pánfila templó con agua fría la otra olla del cocimiento aromático de Jipila y la vertió suave y pausadamente sobre la cabeza de Cecilia. Corrientes pequeñas de un líquido color de vino jerez pálido resbalaban por el pecho, los brazos y el torso de Cecilia, y la despojaban del vestido espumoso de jabón; sus cabellos negros y abundantes cayeron sobre sus espaldas hasta más abajo de la cintura; su bello cuerpo apareció en aquella atmósfera luminosa de la recámara como una visión del paraíso; las gotitas de agua reposaban en los nidos de amor de sus brazos y de sus rodillas, y parecían diamantes de intento colocados para realzar la delicadeza de su piel suave y húmeda.

—Es bastante, muchachas, y guarden un poco para ustedes, que se pueden bañar esta tarde y bien lo necesitan, aunque no se hayan caído como yo en la laguna.

Las muchachas la ayudaron a salir de la tina, la enjugaron con la sábana, la sentaron junto a su cama en uno de los viejos sillones y le acercaron un pequeño espejo, escobetas, peines y tijeras. En momentos vaciaron la tina, retiraron las esteras, limpiaron perfectamente el suelo, se quitaron sus trajes de india, revistieron sus ropas y se fueron a continuar sus ocupaciones.

Cecilia comenzó por secar y peinar su negro y largo cabello lustroso, delgado, fuerte, lleno de savia y de vida; casi se movía y se recogía en onditas envidiables, en la nuca y en la frente. Se hizo de pronto dos gruesa trenzas, las recogió con unos listones rojos en su cabeza formándose un voluptuoso peinado, y siguió con los pies, que era lo que más cuidaba y en lo que tenía, y con razón, verdadera vanidad. Si se quiere, era el pie de Cecilia defectuoso de puro pequeño, en relación con su cuerpo alto y opulentamente modelado. El dedo gordo, que por lo común tiene, aun en las mujeres más bien hechas, una forma arqueada que, entrando sobre los otros dedos, forma el feo defecto que se llama juanete, era de la más acabada perfección: redondo, con un color rosado encendido, describiendo una suave curva, se juntaba con los otros dedos, sin dejar tampoco ese espacio que se nota en algunas esculturas romanas; el dedo chiquito, también por lo común defectuoso en todas las gentes y como sumido o doblegado debajo de los otros, resaltaba por lo regular y bien proporcionado, por su natural colocación y por su encarnación, en armonía con el color de piñón del empeine alto y que subía suave y gradualmente a formar una torneada pantorrilla. Las uñas, lisas y transparentes; la planta rosada y blanda, y todo el pie sin la más pequeña imperfección.

Cuando acabó Cecilia, se calzó unos zapatos de seda color aceituna, que sin esfuerzo le venían bien, y por la pala corta rebosaba la gordura del empeine; apenas se miró en el espejo, pero sí se puso en pie, y un momento se estuvo recreando con sus pies y sus pequeños zapatos de seda.

—Vaya —dijo, como si alguien la oyese—, me vienen bien; no me lastiman y no me hacen feo pie. Le mandare hacer al *Santito** otros dos pares.

Satisfecha con esta revista, dio dos suaves patadas en el suelo para cerciorarse de que no le lastimaban, y tirando la sábana se pasó por la cabeza una blanca y bordada camisa.

CAPÍTULO XLII

POESÍAS DEL LICENCIADO LAMPARILLA

Apenas tuvo tiempo Cecilia de echarse las enaguas de seda amarilla y castor rojo, que tenía cerca y cubrirse el seno con su rebozo, cuando asomó la cabeza por la puerta de la recámara el licenciado Lamparilla.

Siempre que convenía a sus miras e intereses, buscaba y encontraba un pretexto para aparecerse en casa de sus clientes y conocidos el día que menos lo esperaban, ya fuese en casa de doña Pascuala, ya en la del licenciado Bedolla, ya en la de Cecilia; y procuraba caer a las horas de almorzar o de comer, seguro de que lo habían de tratar a cuerpo de rey; y así sucedía efectivamente. En esta vez el motivo de su visita era para él muy importante.

Luego que María Pantaleona le abrió la puerta, se precipitó materialmente al patio, se quitó las espuelas y una blusa de dril trigueño, que usaba para no empolverar su chaqueta y sus calzoneras de camino.

—¿Está tu ama en casa, María? —le dijo haciéndole un cariño en la mejilla.

—Se acaba de bañar, y está...

Sin esperar más y pensando que encontraría a Cecilia a medio vestir, no escuchó lo que seguía diciendo Pantaleona, y como sabía las entradas y salidas, se coló de rondón hasta la misma recámara.

Cecilia salía ya a encontrar la visita, y le latió que no podía ser más que el licenciado, pues los arrieros de la Tierra Caliente no debían llegar sino a mediados de la semana.

—¡Cecilia!... ¡Qué guapa estás! Dios te bendiga, salvadora de mi vida, dame esa mano.

—Con mucho gusto, señor licenciado; pase usted a sentarse, que vendrá cansado del camino. Anoche precisamente pensaba yo en usted.

—¿Pensar tú en mí, y de noche? Buena señal.

—Pero no como usted piensa... Los hombres todo lo llevan al mal, y de veras, particularmente las pobres como yo, no saben ni cómo hablar delante de los señores.

—Déjate de pobres y de señores, que siempre andas con esa cantinela; ya quisieran muchas de las copetonas de México ser tan ricas y, sobre todo, tan hermosas como tú... Te acabas de bañar... qué olor... ¿Dónde compras

* Un zapatero de la calle de Vergara

tus perfumes?... Vamos, es cosa de trastornarse y perder el juicio... ¡Qué limpieza, que cama...! Vaya, esto no estaba así cuando me trajiste después del naufragio, ni había visto esa ropa con que tropezó mi sombrero... Tienes el equipaje de una marquesa. Las de Valle Alegre no tendrán tanta ropa blanca como tú.

El licenciado tiró el sombrero en la cama, se dejó caer en el sillón que Cecilia acababa de ofrecerle y se quedó mudo y embriagado con el aroma y el vapor que aún despedía el cuarto, y como fascinado por Cecilia, que se sentó enfrente de él, dejando, sin pretensión, medio descubiertos sus pequeños y gorditos pies.

—Algo le ha sucedido a usted —le dijo Cecilia, después de un rato de silencio—, porque ni habla y tiene los ojos fijos en el suelo. Dígame usted el asunto, que las mujeres somos muy curiosas —y al mismo tiempo la maliciosa frutera se acomodó bien en su asiento y escondió entre los blancos encajes de sus enaguas sus desnudos pies, que no tuvo tiempo ni de calzar bien.

—¡Qué coquetas y qué malas son todas las mujeres! Bien sabías que lo que yo miraba eran tus pies y no el suelo —pensó Lamparilla, y luego dirigiéndose a Cecilia concluyó su pensamiento—. Cualquiera cosa apostaría —le dijo— a que tú sabes bien que nada tengo, y que lo que miraba no era el suelo.

—De veras que no creo que pudiera usted mirar otra cosa, pues no hay nada nuevo aquí y todo está lo mismo que cuando vino usted; solamente que he sacudido y hay más limpieza, y mi ropa en su lugar. El cuarto lo cerraré cuando tuvimos la desgracia, porque no quería que mirase el pasajero lo que yo tenía o dejaba de tener, que a nadie le importa.

—Y a propósito, y ya que mientas al pasajero. ¿Qué ha sucedido con ese pájaro, que me parece un solapado pícaro? ¿No lo has vuelto a ver?

—Ni a su sombra —respondió Cecilia.

—¿De veras?

—¿Tengo cara de embustera? —le contestó sonriendo.

—Basta, y vamos a platicar de lo que nos interesa.

Cecilia se acomodó en su asiento, sacó la punta del pie, y apenas con el dedo gordo sostenía su calzado.

—En primer lugar, te he quitado una molestia de encima —continuó Lamparilla.

—Es usted tan buen amigo, señor licenciado, que no hallo con qué pagarle; con haberme libertado del yugo de ese maldito *San Justo* me ha dado usted diez años más de vida, y en eso pensaba yo anoche...

—Ya verás, hasta en verso he puesto el terrible lance, y ése es el segundo asunto; pero vamos a lo primero. Antuñano, el de la fábrica de hilados, pretendía que tú le pagaras los tercios de manta que se sumieron en el agua con nosotros.

—Ésa era una sinrazón —contestó Cecilia sacando ya naturalmente todo el pie, con lo que bailaron de gusto los ojos del licenciado—. ¿Fui yo

quien tuvo la culpa? ¿Quién nos hubiera pagado a usted y a mí si nos hubiéramos ahogado?

—Eso es verdad, Cecilia; pero con todo, no se te hubiera quitado de encima el *cocijo*, como ustedes dicen, de que anduviese tras de ti el dependiente y de que te citaran a conciliación delante del juez si no pagabas; en fin..., yo compuse el negocio manifestando al encargado de la casa que a tu canoa le hicieron un boquete debajo de la proa, y que íbamos a ser víctimas, y en vez de cobrarte, me ha dado la comisión de que me encargue a su costa de que saquen si se puede, los tercios de debajo del agua, y se le regalen a los niños de la cuna.

—Vaya, mejor así —contestó Cecilia cambiando de postura, cruzando una pierna sobre la otra, y dejando ver sus dos pies y algo de la *caña* de las piernas, como le nombran a las pantorrillas los que la echan de conocedores y veteranos.

—Todo lo mereces, y yo soy el que no tengo modo de pagarte el favor tan grande que te debo... Ya verás... Tú que entiendes de estas cosas, te encargarás de que saquen del canal los tercios de manta, y mojados y todo los mandas a la cuna, a la calle de la Merced, que te den un recibo y punto concluido; de paso podrás quizá sacar la canoa y las mujeres que se ahogaron seguramente. ¡Qué cabeza! ¿Crearás que hasta este momento me acuerdo de las pobres vendedoras de pájaros?

—En cuanto a la canoa, ni pensarlo —le respondió Cecilia—. Más me costaría sacarla de donde está, que una nueva que he contratado con don Antero, el de la hacienda de Zoquiapan; y de las mujeres, las he encomendado a Dios, pero ni chistar de esto, señor licenciado; nadie sabe si iban gentes en la canoa o no; el cuerpo del remero que por borracho se ahogó ya se habrá deshecho o quién sabe dónde estará; no sea que el gobernador de México o el prefecto de aquí nos metan en averiguaciones.

—Dices bien, y vale más no platicar de estas cosas, que son siempre tristes. ¡Qué quieres que te diga! Estaba yo tan contento junto a ti dentro del agua, que si no hubiera tenido frío y miedo de ahogarme, semanas y meses me habrían parecido un instante.

—¡Qué gustos tan raros, señor licenciado! Ni de chanza diga usted tales cosas —le interrumpió Cecilia.

Y Lamparilla, sin hacerle caso, continuó:

—Desde esa noche de luna, que recordaré toda mi vida y que no sé si llamar feliz o desgraciada, no pienso más que en ti, Cecilia, y nada más que en ti.

Cecilia soltó una franca carcajada de risa.

—Puedes reírte y hacerme burla hasta que te canses; pero es la verdad.

—Ni lo imagine usted, señor licenciado. ¿Hacer yo burla de una persona a quien debo tantos beneficios? Ni lo he pensado —le interrumpió Cecilia—. Lo que sucede es que no creo que usted, con tanto quehacer y tantas muchachas bonitas y decentes que hay en México, pueda estar pensando en una pobre frutera.

—Te empeñas tú en rebajarte y en estarte llamando pobre, frutera y trajinera; se conoce que no te has visto en un espejo de cuerpo entero.

—Ni Dios que lo permita. ¿Y para qué había yo de verme? Una tarasca gorda y prieta; para medio peinarme, tengo bastante con mi espejito... Los pies es lo único que Dios me ha dado regular, y ¡qué quiere usted! Las mujeres de México, aunque seamos así..., de la clase que soy yo, tenemos vanidad en nuestros pies; yo conozco una señora que quién sabe de dónde es, pues habla español peor que yo, y que dice que es de una tierra que se nombra *Alimaña*, y que me compra y me paga muy bien la fruta...

—Alemania será, que alimañas son animales ponzoñosos.

—Eso es, y que está muy lejos y se necesita pasar un charco más grande que la laguna, y ¡qué pies, señor licenciado! ¡Si sus zapatos de cuero muy gordo y de dos suelas parecen chalupas, y por Dios que no le miento a usted!

—Lo creo como si la viese, pero no me barajes la conversación, y pues que tú misma dices que tus pies son bonitos, no tienes por qué esconderlos.

—Limpios y nada más; menos los días en que llueve y hay lodo en la plaza, porque siempre ando con zapato de raso. Me quedaría sin comer con tal de comprar un buen par de color; desde chica he tenido esa maña, y mi madre hasta me pegaba, pero nunca consiguió que me pusiera, como quería, zapatos de gamuza negra.

Cecilia sacó sus dos pies, y en el mismo momento los cubrió con su ropa y arregló bien su rebozo.

El licenciado Lamparilla vio una especie de relámpago, una visión deslumbradora, más que si hubiese contemplado a Venus saliendo de las ondas, y sin saber lo que hacía quiso levantar un poco la ropa de Cecilia.

—Así no seremos buenos amigos —le dijo Cecilia con seriedad y desviando su silla—. No sé qué cosa tan mala siento, sin saber por qué, cuando el señor licenciado quiere estas cosas... ¡Quién sabe!... Se me figura que me trata como a las que andan de noche en la calle..., y como soy una tonta, no puedo ni decir por qué lo quiero de otro modo.

—Dices bien, Cecilia, dices bien; y tú, pobre y frutera, como dices a cada momento, me enseñas cómo se debe tratar a las mujeres que se quieren bien, como yo te quiero a ti... Ven, acércate como estabas, pues me da mucho sentimiento el que tuvieses desconfianza de mí. Ya todo pasó, ¿qué quieres? Tú misma reconoces que tus pies..., vaya..., somos de carne y hueso, y hay ocasiones en que es imposible contenerse... Continuemos nuestra conversación y déjame contarte que es tan cierto que nada más pienso en ti, que hasta te he hecho unos versos.

—¿Seguidillas, peteneras o de jarabe, señor licenciado? —le preguntó Cecilia con ingenuidad.

—Nada de eso; versos para ti, de lo que nos pasó a los dos, y de la traición de ese lépero de *San Justo*.

—Eso sí que estará bueno —dijo Cecilia con mucha alegría, arrimando su silla y acercando su cara junto a Lamparilla, que sacaba de su bolsillo un papel.

—Figúrate que en mi vida he podido hacer un verso, ni de muchacho cuando estaba en el colegio; casi todos los muchachos hacen versos y se vuelven poetas en vez de médicos o de abogados; pero yo ni por ese ejemplo; sólo un condiscípulo mío, el juez Bedolla, era más bruto que yo. Como te iba diciendo, quería hacerte un verso; pero como no podía, me fui a ver a un amigo, que es un poeta que se llama Rodríguez, para que me hiciera un verso dándole el asunto; pero, además de que su tío Galván, que no tiene más gracia que publicar el calendario que le hacen cada año, me recibió con una cara de herrero mal pagado, estaba ocupado con su comedia de Muñoz.

—¿De Muñoz? —dijo Cecilia—. Seguramente ha de ser don Rito, el de la tienda, que le pediría versos para mí, pues el año pasado me mandó uno que lo buscaré y lo enseñaré a usted.

—No, mujer; ese Muñoz era un visitador que hace muchos años vino a México, y no don Rito; así que esté la comedia acabada e impresa la compraré y te la leeré.

—Como que me muero por el teatro. Cuando tengo lugar los domingos en la tarde, me voy a la cazuela.

—Pues como te decía, Rodríguez no me quiso hacer el verso, entonces busqué a Guillermo; ya lo conoces tú: te suele comprar fruta y te ha de haber echado tus requiebros, pues es zalamero y muy enamorado hasta no más. Si entrara en la pieza donde tienes colgada tu ropa, de seguro que se volvía loco y le hacía versos a cada una de tus enaguas, figurándose que estabas dentro de ellas. Ya te lo traeré de visita uno de estos días, y ya verás que te saca, como tres y dos son cinco, en su *Musa callejera*.

—¿Musa qué?

—Sí, mujer; así llama a los versos chulísimos en que describe bailecitos de los barrios y chinas, y muchachonas guapas como tú; pero sigo con mi cuento, porque nunca acabaremos.

—Y el almuerzo debe estar ya hecho, y usted tendría hambre con el ejercicio del camino, y yo la tengo por el baño.

—Santa palabra, Cecilia; tú eres mujer que adivinas los pensamientos: eres una presea. De verdad que voy a devorar tu almuerzo.

—Para todos hay, bendito sea Dios, señor licenciado, y para eso trabajan estos brazos.

Al decir esto, Cecilia mostró a Lamparilla sus dos brazos robustos, con un par de primorosos hoyitos en los codos.

—Sí, antes de almorzar quiero leerte mis versos; pero te acabaré de contar. Guillermo, que es como mi hermano y nos tratamos de hermanos, es el más guapo muchacho que yo conozco, y cuando es amigo lo es completo. Ya sabía algo del naufragio, pero se lo acabé de contar; lo oyó con mucha atención y me dijo que iba a hacer un romance y que, sin decir nuestros nombres verdaderos, nos sacaría a ti y a mí. Ya verás..., ha de ser chistoso

o terrible, quién sabe cómo tomará el lance; pero al asunto. En cuanto le dije que quería un verso para ti, encendió su cigarro, se metió a su escritorio y no habían pasado quince minutos cuando salió con un papel con un verso escrito. Me lo dio y me dijo: "Vete, hermano, y sé muy feliz con tu trajinera, que me has pintado más hermosa que la Malinche; que yo, pobre de mí, no tengo esas fortunas de naufragar en agua dulce abrazado de una muchacha. Agachado sobre los libros, estudiando economía política, ya me salen canas verdes". ¡Qué Guillermo tan guapo! Corrí a mi casa, abrí el papel y leí:

Yo la vi, yo la vi a mi adorada
la vi hecha presa de letal tormento.
Pero ¿cómo expresar mi sentimiento
hermosura inocente y desgraciada?

—¡Caramba! —dije—, esto no comienza mal; pero luego seguí y eran unos versos para una muchacha a quien le daba un horroroso mal de nervios. Guillermo se equivocó, y como tiene tan revuelta su mesa, me dio esos versos en lugar de los que le rogué que me hiciera. Volví a buscarlo; anda vete, ni su luz; se fue a encerrar en el Molino del Rey y no le volví a dar palmada. No tuvo remedio; me resolví yo mismo a hacerte los versos; me he desvelado dos noches enteras y aquí los tienes; tendrán más mérito hechos por mí y me lo agradecerás más.

—Léalos, léalos usted, señor licenciado, que me muero de ganas de oírlos, y de veras se los agradezco más que si los hubiera hecho el que trabaja en la comedia de don Rito Muñoz.

—Ya te he dicho que ese Muñoz es otro y no don Rito el tendero. Ese Muñoz fue visitador de México, y murió hace años.

—Pues Dios lo haya perdonado, y lo que importa es que lea usted los versos, que quizá se podrán acomodar a alguna canción y cantarlos con la guitarra.

—¡Qué idea! —contestó Lamparilla muy contento—. Si te gustan, veré a un amigo, a Ocadis, que les componga una música, y la canción se llamará *La Cecilia*. Escucha:

El negro y torpe engaño
hicieron que tu nave
en agua mansa y suave
viniese a naufragar.

Y en la serena noche
de luna refulgente
nos vimos de repente
cercanos a morir.

¡Qué susto, Dios eterno!
Hundidos hasta el cuello,
yo no tenía resuello,
¡ay!... infeliz de mí.

Mas tú, valiente reina,
la ninfa de los lagos,
gocé de tus halagos...
Yo no quería morir.

Y el agua ya me ahogaba,
visiones mil veía,
ya pronto me sumía...
¡y sin poder salir!...

Mas tus amantes brazos,
Cecilia muy querida,
salváronme la vida
cuando debí morir.

Mujer encantadora,
pudiste tú escaparte,
mas preferiste ahogarte
unida junto a mí.

Tu muerte preparaba
un pícaro malvado,
su crimen ya ha pagado.
¿Estás contenta? Di.

Mi corazón es tuyo,
mi dinero, mi vida,
Cecilia mía, querida,
¿estás contenta? Di.

—Muy bonitos, señor licenciado —dijo Cecilia cuando Lamparilla acabó de leer su poesía y muy satisfecho doblaba el papel para guardarlo en su bolsillo.

—¿Conque de veras te han gustado? —le dijo mirándola fijamente, para cerciorarse por la expresión de su fisonomía.

—Son preciosos; y sería bueno dárselos al cieguito Cayetano para que los cantara con el bandolón; voy a decirle también alguna cosa si me los lee usted otra vez.

—¿Y por qué no? Veinte veces, se te agrada, te los volveré a leer; allá va:

El negro y torpe engaño
hicieron que tu nave

—Vea usted, señor licenciado —le interrumpió Cecilia—, mi canoa, no como usted dice.

—Es lo mismo, mujer, y se puede decir nave a cualquier mueble que sirve para andar en el agua, y trajinera era difícil para mí el colocarla en un verso.

—Bien; sabe usted más que yo.

Lamparilla siguió con la segunda estrofa.

—Eso sí es verdad —dijo Cecilia—, y nadita faltó para que nos quedásemos allí.

Lamparilla leyó la tercera estrofa.

—Y mucho que sí —dijo Cecilia—. ¡Qué susto! Ya me figuro el que tendría usted cuando yo, que sé nadar y estoy acostumbrada a vivir en el agua, no hacía más que encomendarme al Señor del Sacro Monte y me iba faltando también el resuello, lo mismo que a usted. Este verso está muy bonito y dice la pura verdad.

Lamparilla siguió con la lectura de la cuarta estrofa.

—Ésta también está bonita, señor licenciado; pero no se puede cantar, porque los que me conozcan dirán que estando ya casi ahogándome me entretenía yo en hacerle cariños, y por eso no se quería morir. Lo que trataba yo era de soliviarlo cuando notaba que iba sumergiéndose; además, soy un poco más alta que usted y tenía más esperanzas de que el agua no me cubriera la cabeza, y en último caso habría nadado para el tular y lo habría cogido de los cabellos para que escapara. Eso pensaba, pero hasta ahora que se ofrece no se lo digo a usted.

Lamparilla concluyó la lectura de las siguientes estrofas, y no hizo Cecilia observación sino a la última.

—Sí, estoy contenta, y muy contenta, señor licenciado, pues al fin usted me favorece mucho y se interesa por mí. En cuanto a dinero, lo vamos pasando con el trabajo; y ya verá usted cómo, ya que *San Justo* no está de administrador de la plaza, pongo mi puesto de fruta mejor que antes, comienza mi nueva trajinera a hacer sus viajes y en poco tiempo se gana más de lo que se ha perdido. Yo estaría enteramente contenta, señor licenciado, pues al fin chacho que me servía, porque al pensamiento cuidaba toda mis cosas como si fueran suyas, y lo quería como si fuese mi hijo.

—¿Cómo se llama?

—Marcos...

—¡Ah! Entonces no es éste; pero trataremos de encontrarlo —dijo entre dientes.

Lamparilla no quedó muy contento con el éxito de sus versos ni con las observaciones que le hizo Cecilia; pero mucho menos con que se fijara para completar su felicidad en buscar al muchacho que le sirvió de mozo; así es que no tomó empeño ninguno y trató de reanudar la conversación y saber la impresión que había hecho en Cecilia la última estrofa; pero María Panteleona los interrumpió diciendo que el almuerzo estaba en la mesa y si las quesadillas con rajas de chile se enfriaban, se pondrían tiesas.

Con esto, Cecilia se atrevió a tomar del brazo a Lamparilla y lo condujo al amplio comedor donde había una sencilla pero limpia mesa, y las lustrosas sartenes de barro despidiendo el aromático vapor de los sabrosos guisos.

—Hemos venido al comedor, señor licenciado, del brazo, como dizque lo hacen las personas decentes. Yo sé de todo, y mentira le parecerá a usted lo que se aprende en la plaza. Por los mozos y criadas se sabe la vida de todo México.

Sentóse Lamparilla en la cabecera de la mesa y Cecilia a su derecha. Estaba tan fresca con el baño de aromas, tan contenta del buen estado de sus negocios, tan limpia con su traje nacional, que dejaba traslucir por la finura de la tela el color rosado de su piel, tan animada y amable, que Lamparilla se hallaba materialmente absorto y recorría con una mirada ávida los cabellos lustrosos, el cuello bien hecho y redondo, los encantos que a cada momento, por la ausencia del rebozo, se descubrían para ocultarse en seguida. No obstante que era goloso y que los manjares ya servidos en la mesa, por sus adornos y olor podían despertar el apetito de un muerto, en lo menos que pensaba era en comer, hasta que Cecilia llamó su atención.

—Algo tiene el señor licenciado que está tan distraído, y aunque las muchachas se han esmerado en la cocina, parece que nada de lo que está en la mesa le gusta. Vamos, deje usted los cuidados para otro día y comencemos por este guiso, que me figuro le agradará.

Cecilia sirvió al licenciado un buen plato de huevos con longaniza fresca de Toluca, rajas de chile verde, chícharos tiernos, tomate y rebanadas de aguacate. La molendera envió unas tortillas pequeñas y delgadas, humeando y despidiendo el incitante olor del buen maíz de Chalco.

Lamparilla desvió por un momento los ojos de Cecilia y los llevó al plato, cuyo vapor lo dejó sin vista.

—Vaya, Cecilia, te has portado como lo sabes hacer. Este plato, que un francés llamaría horrible revoltijo de salvajes, es de lo mejor que se puede pedir, y si tienes pulque curado, no hay ni qué desear. Tengo apetito y mucho, y aun cuando no lo tuviese, sólo el aroma que esto exhala resucitaría a un muerto. Por lo demás, te haces desentendida; bien sabes que ni estoy distraído ni tengo más asunto, ni otra preocupación que recrearme con tu hermosura. Porque te ha hecho Dios tan... así, así... como Su Majestad no ha querido hacer a otras mujeres. Parece que se esmeró y dijo: “allá va el tipo mejor que el árabe, y que el georgiano, y que el italiano, y que el inglés, para que no se diga que en México sólo hay indias feas y sucias, apestando a sudor y a mugre”. Que venga cualquiera de Europa y que te vea, y si no se le cae la baba como a mí, quiero que me ahorquen.

—Favor que usted me hace, señor licenciado, y aunque me tome la mano en decirlo, no me cambio por las francesas que van a la plaza a comprar ellas mismas su fruta y su recaudo. Es verdad que tienen su gorro, sus zapatos de dos suelas y que están más limpias que nosotras, pero eso no le hace.

—Lo que yo no puedo comprender —le interrumpió Lamparilla tronando la lengua y saboreando el guisado de huevos y un buen trago de pulque de piña, espumoso, con su polvo de canela— es cómo no te has casado, cómo no te has enamorado de alguno, cómo no han intentado robarte, no el dinero, sino a ti misma, que vales más que todas las canoas trajineras que navegan en el canal de Chalco; cómo, en fin, estás libre, quieta y dedicada a ganarte la vida con tu trabajo.

—Ya verá usted; así es la suerte de las pobres, y no me han faltado pro-

posiciones, pero no me he inclinado al casamiento. Así que acabemos de almorzar le enseñaré las cartas que tengo, y que guardo para atestiguar con ellas cuando alguna mala lengua quiera hablar de mí; pero por ahora déjese de amores y almuerce a su satisfacción.

El segundo plato que presentó Pantaleona fue un extraño guisado de huesos.

Huesos de manitas de carnero, de manitas de toro, de manitas de puerco, de pies y de alones de pollo; pero cada hueso tenía adherida una porción de carne. Estaba condimentado con cilantro, habas verdes, aguacate y tornachiles. El aroma bastaba para alimentar, y los pedacitos de carne que contenía cada huesito eran de lo más tierno y sabroso.

—Este guisote lo usan mucho los pulqueros de México que saben comer bien; pero para nada sirven el tenedor ni el cuchillo, y es necesario echarse a pie. Conque fuera cumplimientos, y comencemos.

Cecilia tomó con sus dedos afilados y limpios un huesito, una pequeña rebanada de aguacate, y lo depositó todo en la boca de Lamparilla. Fue tal su sorpresa y su placer, que poco faltó para que se le atorase el hueso y concluyese su historia.

—Es la primera vez que como este guisado —le dijo—, y servido de la manera que tú lo has hecho, ni en las cocinas del cielo hacen otro mejor.

Lamparilla, animado con este rasgo de confianza, arrimó su pie y su rodilla contra la rodilla de Cecilia; pero ésta retiró al momento y con disimulo su silla.

—Déjeme hacerle finezas a mi modo y sin malicia, señor licenciado, y estaremos mejor.

Lamparilla retiró algo mortificado sus piernas y continuó el almuerzo, sirviendo las cocineras plato tras plato, todos tan sabrosos, tan bien dispuestos, que era imposible dejar de comerlos; Cecilia, fina a su modo, como ella decía, ya daba sopitas en la boca al licenciado, ya le servía pulque, ya le daba la mitad del *taco* de sus calientes tortillas. En el momento que Lamparilla buscaba más intimidad, Cecilia se retiraba y lo miraba con un aire entre enojado y burlón, y concluía por reír francamente y comer con apetito, como si no estuviera Lamparilla junto a ella.

Lamparilla estaba enfrente de una ventana, y tan entusiasmado, que nada había podido llamar su atención. Sin embargo, al soslayo creyó ver una cabeza hirsuta que por momentos se levantaba al filo del bastidor y desaparecía después.

—La ventana de enfrente da a la calle, ¿no es verdad, Cecilia?

—Da al callejón que se ha formado hace poco con la cerca del corral de enfrente, que estaba caída y ha reedificado hace un mes don Antero para guardar sus *zontles** de leña.

* Medida por la cual se vende la leña.

—Pues alguno nos espía.

—¿Quién se ha de acordar de nosotros?

—Te digo que nos están espiondo.

Lamparilla se levantó de la mesa, abrió la vidriera con tiento y se asomó a la reja. Un hombre, en efecto, daba vuelta en ese momento por la esquina opuesta del callejón de don Antero, que así le habían puesto en el pueblo.

—Te decía bien, nos habían espionado.

Lamparilla salió precipitadamente a la calle, dio vuelta al callejón y siguió la dirección del espía; nada encontró: todo aquel rumbo estaba desierto, y aun a mucha distancia no se veía ni un alma, pues ya se ha dicho que la casa guardaba una posición aislada.

—Es imposible que haya sido una ilusión —dijo Lamparilla volviéndose a sentar a la mesa—. Juraría que hasta los ojos vi mover al que estaba al borde de la ventana; pero nada, ni rastro; una indita allá a lo lejos, y nada más.

—Yo nada vi —dijo Cecilia—. Pero si alguno estaba y usted no lo encontró, debe haberse ocultado en el corral de don Antero, pues como no hay todavía nada que se puedan robar, la puerta, en ocasiones, la deja abierta el peón cuando va a buscar su comida.

—¿Quieres que demos una mirada al corral? —le contestó Lamparilla.

—¿Y para qué dejar nuestro almuerzo por esta friolera? Si alguno nos espía, nada malo vio, porque no es ningún delito almorzar.

—Es verdad, pero la curiosidad; y luego se me pasa por la cabeza que ese hombre que vino con nosotros en la canoa se ha propuesto perseguirte.

—No deja de echar sus tiempos —le contestó Cecilia—. Ya sabe usted, señor licenciado, que las mujeres tenemos mucho de aquello para conocer luego quién nos enamora; pero aun así, no puede ser él, pues me han dicho en el pueblo que tiene un ranchito arrendado que pertenece a la Hacienda Blanca y linda con el monte de Río Frío, y apenas se le ve por aquí. Baja a comprar lo que necesita en un mal caballo flaco, se sube después al monte, y nadie lo vuelve a ver.

—En fin —la interrumpió Lamparilla—, si era él u otro, debe haberse marchado del corral mientras nosotros hemos perdido el tiempo platicando. Acabaremos de almorzar tranquilamente y después iremos por ese mentado corral de don Antero.

A los platos que ya se han mencionado, siguieron otros igualmente apetitosos y excitantes, concluyendo con una ensalada de calabacitas con granos rojos de granada, y unos frijoles y chicharrón, realzados por encima con su polvo de queso añejo, sus rabanitos y las hojas frescas y amarillentas del centro de la lechuga.

Cecilia se levantó y ella misma quiso servir el café, que, por cierto no era muy bueno. El té y el café los usaban únicamente como remedio para el dolor flatoso.

—Mientras usted fuma su puro, voy a dar una vuelta a la cocina, y me

dispensará —le dijo Cecilia echándole en un pozuelo de China el líquido, más claro que lo que se acostumbra.

—Ve, hija mía, ve, y haz tus quehaceres como si yo no estuviese aquí.

Cecilia tomó el jarrito de Cuautitlán en que había hecho el café, echó una mirada cariñosa al licenciado, dejando ver, al dar una airosa vuelta, sus rosadas piernas desnudas y sus pies pequeños rebosando sobre el calzado de seda.

—Este café no está de lo mejor —dijo en voz muy baja Lamparilla dando un sorbo y fumando en seguida un buen tabaco—, pero tengo que tomármelo todo, porque sería un desaire a Cecilia. No es de su cuerda el café ni los *misteses* y *rosbises*, como le dicen a la carne condimentada a la moda inglesa; pero en cambio ¡qué comida, qué guisos tan sabrosos! Yo creo que si San Pablo tiene gusto, no cocerá en el cielo más que a la mexicana.

Lamparilla acabó su jícara de café y continuó discurriendo:

—¡La sociedad! ¡La sociedad! ¿Qué es la sociedad? ¿Las gentes con quienes tenemos negocios, el gobierno o la ciudad entera? Todo junto es la sociedad, efectivamente, y ésta nos impone deberes a los que por fuerza tenemos que sujetarnos.

“La sociedad dice que el chile, las tortillas, los chiles rellenos, las quesadillas son una comida ordinaria, y nos obliga a comer un pedazo de toro duro, porque tiene un nombre inglés.

”La sociedad califica de ordinaria también a la que no se pone medias, ni viste traje con un corpiño hasta el cogote, cuando mejor es un pecho opulento que se trasluce por entre la camisa de lino, y unas piernas desnudas, de piel más fina que la mejor media francesa. No hay más que ver a Cecilia, y que venga Dios y lo diga.

”La sociedad quiere que los casamientos sean iguales. ¿Iguales en qué? ¿Cómo nací yo; cómo me educaron; en qué cuna de oro y de marfil pasé los primeros días de mi vida? ¿Dónde está mi tío el conde, o mi primo el marqués? Nada: pobreza y miseria; y sin embargo, yo no soy igual a Cecilia, no me puedo casar con ella, porque al día siguiente mis condiscípulos del Colegio, que ya son jueces, que ya tienen su bufete acreditado, viven en casa sola y mantienen su coche, se burlarían de mí; y Cecilia, aunque la vistiese yo de reina, no sería recibida por esas viejas pretensiosas que los nobles tienen por tías, por madres y por esposas. Si me casara, acabarían mis relaciones, mis amigos, mi carrera, mi fortuna y tendría yo que renunciar a ser regidor, diputado, juez de lo civil, magistrado, senador, y todo. Si me casara, me perdería para siempre ante la sociedad. ¡Ira de Dios! Pues aunque la sociedad no quiera, me casaré y tres más con Cecilia, con esta Cecilia que no tiene igual en México. Por otra parte, ganando, como creo ganar, el negocio de Moctezuma III, ¿qué me importan los demás clientes, ni para qué diablo quiero ser diputado ni senador? Tendré bastante dinero para tapar la enorme boca de la sociedad entera. Sí, me casaré, aunque el infierno entero se oponga. Me casaré y tres más.”

Y tan entusiasmado estaba Lamparilla al recitar este admirable monólogo contra la sociedad, que ya hablaba en voz alta, y dio una tan fuerte pal-

mada en la mesa, que hizo estremecer los restos de la vajilla que habían quedado.

Cecilia salió alarmada.

—Creí —le dijo al licenciado— que alguna persona estaba aquí y se estaba peleando y amenazando a usted.

—Nada, hija mía, nada; discursos que tengo la manía de estudiar en voz alta y me suelo entusiasmar; en este momento tú eres la causa de ese entusiasmo, a solas hablaba yo de ti y hacía el propósito de casarme contigo aunque me llevase una legión de demonios.

Y lamparilla se acercó con la intención visible de abrazar a la frutera; pero ésta levantó el brazo como para impedirlo, y sonriendo cariñosamente, le dijo:

—¡Qué cosas tiene el señor licenciado! Voy ya creyendo que se puede volver loco, y que va a parar a San Hipólito. Deje para otra esas ideas y, si gusta, iremos a dar una vuelta por el corral.

—Cabal; dices bien, y te lo iba yo a recordar.

Lamparilla, como todos los hombres cuando tienen una idea, piensan que cualquier incidente, por insignificante que sea, es favorable a sus designios.

—Tal vez —dijo entre sí— Cecilia rehúsa mis caricias dentro de la casa por miedo de que la vean sus sirvientas y ha escogido el corral. Bien, en cuanto entremos, cerraré la puerta con disimulo, le pondré la tranca, y allí los dos solos, encerrados, muy valiente deberá ser si se resiste.

Cecilia salió por delante, con su rebozo a medio embozar y mirando siempre al licenciado con una expresión que él interpretaba como el primer acto de la deliciosa comedia que se iba a representar en el solitario corral de don Antero. El succulento almuerzo y el pulque de piña habían trastornado completamente el cerebro de nuestro buen amigo.

Cecilia, en una mirada sagaz de mujer, registró el semblante de Lamparilla y adivinó lo que pasaba en el fondo de su alma. Tomó la delantera, salió del patio de la casa, siguió el callejón y entró resueltamente al corral, cuya puerta estaba efectivamente entreabierta.

Lamparilla la siguió, entró detrás de ella y, como se había propuesto, cerró con disimulo la puerta. Cecilia fingió no advertirlo, continuó andando; pero repentinamente, se volvió, se dirigió a la puerta, la abrió de par en par, y comenzó a gritar con una voz aguda que podía oírse a cien varas de distancia:

—¡Pantaleona, Pantaleona, tráete una barreta y una pala para hacer un hoyo y enterrar al señor licenciado!

Lamparilla, al oír esto, se le paseó, como un relámpago, una idea: ¿Si esta mujer querrá cometer algún crimen?

—¿Qué dices, mujer? —le preguntó, sin dejar traslucir su sospecha, que pasó rápidamente.

—Lo que oye usted, señor licenciado —le contestó Cecilia riendo—. Haremos un agujero para enterrar un cabrito, hacerlo en barbacoa y comerlo

el domingo próximo; desde ahora está usted convidado; el almuerzo, se lo prometo, será mucho mejor que el de hoy.

Lamparilla, a pesar de su viveza, quedó como avergonzado y corrido. En dos minutos, Cecilia había destruido los perversos planes de su enamorado huésped.

No tardó, efectivamente, en venir Pantaleona con una barreta y una pala; y escogido el lugar, hizo en menos de diez minutos el agujero para la barbacoa del domingo siguiente.

—Este pedazo de tierra —le dijo Cecilia— es muy seco. Lo demás de este rumbo, muy húmedo, y la carne se echa a perder. Ya verá usted que no quedará mal si usted da la vuelta por acá; pero vamos, antes de retirarnos, al corral, a registrar por dónde pudo escapar el espía que vio usted.

Las dos mujeres caminaron delante; Lamparilla, detrás de ellas, examinaba el terreno y los adobes de la cerca.

—¿Ha descubierto usted algo? —le preguntó Cecilia.

—Nada, absolutamente nada.

—Pues yo sí, y está claro.

—¿Cómo?

—Vea usted las pisadas que vienen derechitas desde la puerta hasta la esquina opuesta. En algunos trechos están borradas adrede, pero vuelven a aparecer; y aquí tiene usted una piedra grande donde debió subir el espía, y al trepar rompió los ladrillos con que remata la cerca: vea usted los pedazos y el polvo de caliche en el suelo.

En efecto, las observaciones de Cecilia eran exactas, y concluyeron por convencerse todos de que por allí debía haberse escapado el misterioso personaje, añadiendo que no era la primera vez, pues a pocos pasos había aglomerado un montón de tierra para poder alcanzar el bordo, y ladrillos y adobes destrozados. Añadió además Cecilia, que ese personaje, cualquiera que fuese, apoyado en la cerca debería haberla visto bañar, pues dominaba la ventana de su recámara.

Lamparilla se puso furioso con sólo la idea de que otro que no fuese él hubiese podido ver desnuda a Cecilia; pero ésta lo tranquilizó diciéndole que las más veces o entrecerraba la ventana o corría las cortinas:

—Además —añadió—, nada ha ganado ese bobo con mirar lo que nunca ha de ser suyo.

—No importa —contestó Lamparilla—. Te lo juro que yo he de espiar a ese hombre; que sabré quién es, y que pobre de él, porque le pondré una asechanza de que no escapará.

En estas conversaciones y paso a paso, salieron del corral, cuya puerta cerró Pantaleona, y entraron en la habitación.

—Me decías, Cecilia que no te han faltado ocasiones y has tenido tus pretendientes.

—Y de todos tamaños y edades, y aquí tengo las cartas que prueban que no soy mentirosa —y al mismo tiempo le entregó un paquete de papeles de diversos tamaños, y con un perfume de tierra, de cominos y de tocinería.

—¡Qué horror! ¿Y qué clase de gente es ésa con quien tú tratas?

—Yo con nadie trato; ellos son los que han querido tratar conmigo; pero se han quedado como el que chifló en la loma.

Lamparilla desdobló un papel, plegado en cuatro, y leyó:

Tocinería del Enano, de la gran ciudad de Chalco. Bueno y barato. Manteca, tocino fresco, jamón para toda clase de personas.

Este letrero o encabezamiento estaba impreso en un papel teñido de amarillo. Después estaba escrito con letra gorda y torcida:

Te *vide* ayer tan chula que me dieron ganas de escribirte para decirte que tengo ya tres pesos semanarios con el patrón y la mitad de lo que se gane en la manteca, que no sé lo que abordaré a fin del año quentra; pero me quisiera ya casar contigo y no te lo había dicho por vergüenza, pero ya ves que cuando mandas a Pantaleona por lo que se te ofrece se lo doy a la *mitá* de lo que lo vende el Patrón. Conque contéstame un papelito o dale un recado *pamí* a Pantaleona, y el domingo que matamos puerco te daré el chicharrón sin que me pagues nada. Adios *tú*, no te olvides de tu marido Crispín.

—¡Qué bruto! —exclamó Lamparilla, tirando el papel—. ¿Y qué le contestaste?

—Pues nada. ¿Para qué le había de escribir? Le mandé decir con Pantaleona que para nada me servía su chicharrón, y que si me volvía a escribir o se desmandaba en algo que no se descuidara si le daba un manazo para que escarmentara y no fuera atrevido.

—Bien hecho, eso merecía ese animal —dijo el licenciado, y continuó el registro del paquete de cartas.

—Aquí encuentro otra que no está tan apestosa como la del tocinerero.

—¡Ah! —contestó Cecilia—, ésa será la del perfecto.

—Dirás del perfecto.

—De ese mismo; afortunadamente se fue de general repentino, pues yo sabía que no era más que coronel; pero dizque hizo servicios en el pueblo persiguiendo a los ladrones de Río Frío y le dieron la banda. Léala usted, señor licenciado.

El licenciado desdobló una carta escrita en un papel satinado, que tenía en el extremo un horrible cupido tirando furiosamente flechazos a un corazón muy gordo. Eran las primeras muestras del papel propio para correspondencias amorosas que venían de París, hasta a cuatro reales el plieguito con su sobre correspondiente.

—¡Qué cupido tan deforme; parece más bien un muchacho de la calle! —dijo Lamparilla—. Veamos qué dice este otro criminal:

Cecilia, te amo con furor, ni de día ni de noche descanso. En el día, los negocios y la persecución tenaz que hago a los ladrones; pero en la noche sólo pienso en ti: no duermo ni ceno bien, y cuando ceno de adrede mucho, me vienen pesadillas horribles en las que tú apareces

como queriéndome matar. ¿Qué será esto? Desde que vine a este condenado pueblo y por casualidad te vi, ya no tuve sosiego.

Quería yo mucho a mi mujer, que es bonita, pero no más que tú; y ahora, te lo confesaré, ya no la quiero tanto, y tú tienes la culpa; y Dios te ha de castigar si no me correspondest, porque tú tendrás la culpa de que se descomponga mi matrimonio. Contéstame, pues ya sé que sabes escribir, y si no quieres espérame el domingo cuando salga de misa de la parroquia, y te vas a un rincón de por donde nadie pasa, y allí hablaremos. Guarda el mayor secreto, porque si dices algo y me desprecias te irá mal, pues ya conoces el poder que tienen en los pueblos los perfectos, que pueden hacer diablura y media, y con estar bien con el gobernador nada les hacen. Cuento contigo y con tu reserva.

Quien tu sabes.

—¿Y qué contestaste a esta carta? —le preguntó Lamparilla.

—Pues nada respondí, sino que fui el domingo al rincón de la parroquia, donde me había citado el perfecto.

—¡Eso no es posible! Tú me engañas y no te creo tan mala.

—Espere usted, señor licenciado, y no se anticipe de malos pensamientos.

—Habla, habla, que no me vuelve el alma al cuerpo hasta que no me des una explicación.

—“Señor perfecto —le dije—, usted es un hombre casado, y yo una pobre mujer aunque honrada, y no he de desbaratar un matrimonio ni dar qué sentir a una señora tan bonita, mejor que yo, que me parece lo quiere a usted, y me parece, también, por lo que se ve, que pronto le va a dar un hijo. Si me amenaza usted, mejor. Yo nada diré; pero si sigue usted persiguiéndome a todas partes, donde quiera que voy, y parece mi sombra, me resolveré a contar el caso al señor cura y a la señora, y después hará usted lo que quiera, que yo más vivo en México, cuidando mi puesto, que aquí. Conque adiós.” Y me desprendí, y lo dejé abriendo tamaños ojos y como quien ve visiones.

—Bien, muy bien, Cecilia; no esperaba otra cosa de ti —exclamó Lamparilla bailándole los ojos de gusto.

—¿Qué otra cosa había de hacer? Luego, si hubiera usted conocido al perfecto, habría soltado una carcajada. La nariz torcida, arrugada, con una cicatriz muy fea en un cachete; calvo y pintado de negro el poco cabello que le quedaba; medio cojo y con voz ronca, que ríase usted de los becerros. ¡Y luego amenazarme: no faltaba más! No me volvió a escribir, ni a ver, y a poco se fue a México de general, como ya dije a usted.

Lamparilla respiró y tomó otra carta del paquete de la correspondencia amorosa.

—Esa carta —le dijo Cecilia antes de que Lamparilla la abriera— es ya otra cosa; es de don Muñoz, del mismo que me ha dicho usted que lo han sacado en comedia, o por lo menos será su primo o su tío.

—Ya te he dicho, mujer —le interrumpió Lamparilla—, que ese Muñoz *visitador de México*, que tan bien ha caracterizado en su drama mi amigo

Rodríguez Galván, vino hace como trescientos años a México, y era otra clase muy distinta de la de tu novio el tendero.

—Pues debe haber ese Muñoz dejado parientes, y yo insisto en que son de una misma familia —respondió Cecilia, echando una maliciosa mirada a Lamparilla, como para burlarse de su erudición.

—Ya no disputo, y supongamos que el tendero sea pariente del visitador de México. ¿Qué tratos has tenido con él?

—Yo, ninguno. Lea usted y se convencerá.

El licenciado desdobló la carta y leyó:

Querida Cecilia: Desde la primera vez, hace como cuatro años, que entraste a la tienda con Pantaleona a comprar tu menestra, me caíste muy en gracia por tu modo de hablar y tus maneras francas. Me pareciste una mujer honrada y he procurado indagar tu vida, y nada malo sé de ti. Yo era casado, como tú sabes, y como soy hombre muy sensible y honrado nada te quise decir de amor. ¡Dios me ampare! Pero cuando se murió mi mujer pensé en ti, y hoy que he cumplido el año de viudo he resuelto declararme, y creo que nadie del pueblo tendrá que decir nada de mí. Ya sabes que soy rico; mi tienda va cada vez mejor y me auxilio además con el contrabando del aguardiente. Me casaré contigo. Tú manejarás la tienda y yo me dedicaré al contrabando del aguardiente, para lo que cuento con tu trajinera, y arreglaríamos eso con los guardas de San Lázaro. Además, tú serás la madre de mis siete hijos, que han quedado huérfanos los pobrecitos, y dispondrás de todo lo que yo tengo; reunido con lo que tú tienes, ya será un bonito capital, con lo que nos pasaremos buena vida. A los muchachos chicos los pondremos en la escuela, y a los grandes los iremos mandando a México, al colegio de San Gregorio, para lo que cuento con mi compadre Rodríguez Puebla. Conque es cosa formal. Si quieres casarte conmigo, piénsalo bien y me lo dices. ¿Qué haces sola? Una mujer sola corre riesgo. El día menos pensado te enamorarás de un pillo que acabe con lo que tienes. No seas tonta. Cuando quieras, platicaremos de esto en la trastienda.

—¿Y qué le contestaste?

—Pues yo, nada por escrito, porque además de que mi letra no es muy clara se me ha olvidado la ortografía que me enseñaron en la amiga y no sé con qué letra poner algunas palabras; pero le confieso a usted, señor licenciado, que me dieron tentaciones de decir que sí a don Muñoz. Es muy rico, honrado y no feo, y no tan viejo. Creo que no tendrá todavía cincuenta años, pero representa treinta; mas los siete hijos me dieron miedo. Yo tengo mal carácter, y por los siete hijos, que son muy voluntariosos y malcriados, no hubiéramos dejado de tener muchos pleitos. Fui a la trastienda, platicamos largo, le dije que no me inclinaba todavía al casamiento, que me diera dos años para pensarlo; y él todavía tiene esperanzas, y no deja de recordarme el negocio siempre que voy a la tienda.

Lamparilla no quedó muy contento con esta explicación, y con cierto malhumor tiró el paquete de cartas sobre la mesa.

—No, no quiero leer más. Todas estas cartas son de unos verdaderos ordinarios y brutos que no te merecen. ¿Para qué mortificarme más? Además, se va haciendo tarde y el camino es largo.

Entre el paquete que en desorden cayó en la mesa, había una carta en papel fino y perfumado de almizcle.

—Esa carta es de don Pioquinto, el hijo del dueño de la hacienda de Nextlapa, que está por Texcoco, y de otra que está a media legua de aquí.

Lamparilla abrió apresuradamente la carta de Pioquinto.

—Para qué lo he de negar. Yo no soy hipócrita y digo lo que siento. Ése sí me gustaba. ¡Si viera usted qué ojos, señor licenciado; qué fresco y encarnado de cara; qué bien hecho todo su cuerpo, y como de veinticuatro años! Ya ve usted, buena edad. Los hombres de esa edad, cuando no son enteramente feos y de buenas prendas, la verdad es que nos interesan a las mujeres, y no me extraña que haya muchachas que se vayan con ellos.

—Bueno —dijo Lamparilla con un visible despecho—, puesto que te gustaba y lo querías, ¿por qué no te casaste o te fuiste con él?

—Eso es diferente; de que me gustaba, sí; pero de irme con él, eso no. Lea usted la carta.

Lamparilla leyó:

Tengo ya mi plan muy combinado, Cecilia, y la última vez que te hablé te dije que iba a ser algo de bueno y de provecho.

—¿Conque platicabas con él? ¿Y dónde? —preguntó Lamparilla con despecho.

—Y mucho, y era todos los días, en el puesto de frutas y aquí en Chalco. Creo que don Pioquinto no hacía más que levantarse, persignarse, seguirme y hacerse enconradizo donde menos lo pensaba yo. Creo que, al fin y al cabo, me quería algo.

Lamparilla continuó:

Por ti, Cecilia, resolví engañar a mi padre, y lo he conseguido. Me creía un perdido porque entraba a las dos y tres de la mañana a mi casa; los domingos me los pasaba en Chalco, como tú sabes, espiándote, aunque nunca logré que la cortina de tu recámara estuviese recogida, para verte en ese baño de yerbas olorosas que acostumbras darte. Picarona, ¿y por qué no dejabas tantito descubierto? Pero vamos al asunto. A misa todos los días con mi madre. Los domingos, al sermón de la Merced, y alumbrando siempre muy devoto en todas las procesiones; nada de teatros ni bailecitos. A las nueve, en mi casa y a las diez en la cama. Mi padre y mi madre, encantados, adorándome, y se resolvieron a echar al administrador de la hacienda, que jugaba lo suyo y lo nuestro, y me ha mandado para que me haga cargo de ella. Todo lo he hecho por ti. Créelo.

—Maldito Pioquinto —dijo el licenciado queriendo estrujar la carta—. Con razón estabas inclinada a él con semejantes hipocresías.

—La verdad es que si la carta hubiese acabado ahí o continúa de otro modo, quien sabe lo que hubiera hecho, porque el diablo pone las tentacio-

nes y luego Dios no le da a uno fuerzas para quitárselas de encima; pero siga usted leyendo, y verá usted que él mismo se cortó la cabeza.

Lamparilla ya no quería leer. Estaba molesto; pero la curiosidad fue superior a su malhumor, y siguió leyendo.

El plan es éste, Cecilia: sé, porque te he visto almorzar algunas veces, que guisas muy bien. Te vendrás a la hacienda en clase de cocinera, para evitar el escándalo; me guisarás, me lavarás la ropa y me asistirás, y te daré seis pesos cada mes y cinco y medio reales de ración cada semana. Ya sabes que las cocineras por aquí no ganan más que tres pesos; pero eso no es todo, sino que tú podrás hacer tus ahorros y me haré el desentendido, y con eso te puede salir el mes por veinticinco o treinta pesos, sin que mi padre pueda decir nada, pues sabe que me gusta comer en grande. Convenido. La semana entrante estaré en la hacienda. Date una escapadita y arreglaremos lo que tú quieras, y viviremos juntos eternamente, y para mayor seguridad, haré que el capellán diga misa todos los días en la capilla, que asistan los peones y los criados, y la oiremos juntos de rodillas. Adiós, te espero sin falta.

—Éste sí que es más bruto y más ordinario que los otros —dijo Lamparilla muy alegre—. La primera parte de la carta no indicaba que sería tan miserable y tan ordinaria la segunda. O éste es un tonto o un loco orgulloso.

—Eso, señor licenciado. Estos niños ricos de casas que se dicen nobles porque tienen cuatro tlacos, se figuran que pueden disponer de los pobres con sólo guiñarles el ojo. No tiene usted idea de lo que sentí, señor licenciado, al leer la carta, y la verdad no me la esperaba, pues había sido fino conmigo como nadie. Toda la sangre se me subió a la cabeza, y si lo hubiera tenido delante, créame usted, le habría apretado el pescuezo.

—¿Qué hiciste al fin?

—A ese novio sí le contesté lo que verá usted copiado a la vuelta de la carta.

Don Pioquinto: Si tiene usted hambre puede venirse de mozo a acarrear fruta a la plaza, y le daré a usted ocho pesos cada mes, un real diario de ración, y le pagaré, además, la comida en los *Agachados*.*

—¿Te contestó algo?

—Ni una palabra; yo estaba decidida a armar un escándalo, y para ese caso me hubiera sido muy favorable *San Justo*, pues no lo podía ver. Un domingo tuvo el atrevimiento de tocar la puerta de la casa de Chalco, y Pantaleona le dio con el portón en el hocico. Jamás me ha vuelto a ver.

Lamparilla escuchó con interés y con júbilo el fin de estos amores; mas

* Así se llamaban los puestos de comida que había en el Callejón de Tabaqueros. Los manjares eran las sobras y desechos de las casas, que vendían las cocineras, y calentaban, revolvían y recomponían las vendedoras. Se podía comer pollo, costillas y guisados por medio real. Muchos pedían cuartillas de *escamocha*.

como se iba haciendo tarde y sus caballos estaban listos, dejó para otra vez la lectura de las otras muchas cartas y se despidió de Cecilia, dándole su palabra de que sin falta estaría el domingo siguiente, antes de las once, a comer la barbacoa.

Las puertas del viejo caserón de Cecilia se abrieron con rechinidos y trabajo, y el licenciado, hinchado como una lechuga y seguido de sus criados armados hasta los dientes, salió majestuosamente, echando una amorosa mirada a la bella y honrada Cecilia. Picó las espuelas al caballo, que dio un fuerte salto, demostrando así su Dulcinea que era tan buen jinete como esforzado campeón, que desafiaba a todas las cuadrillas de bandidos de Río Frío aventurándose a regresar a México a una hora tan avanzada de la tarde.

CAPÍTULO XLIII

UNA NOCHE EN EL RANCHO DE LOS COYOTES

Fácil es suponer que la cabeza que observó el señor Lamparilla desde el lugar donde estaba almorzando no era otra sino la de Evaristo, y que las huellas que reconoció Cecilia eran también las del fugitivo, a quien no le convenía de ninguna manera ser descubierto; al efecto, para un caso semejante, tenía tomadas de antemano sus medidas, y su escondite preparado detrás, o mejor dicho, en el centro de unas sacas de carbón aglomeradas constantemente cerca del embarcadero por los Trujanos, y en las cuales Cecilia no había fijado su atención.

La vida del tornero, desde que llegó a Chalco después del naufragio, había tomado diversas fases. En los principios vivió retirado en su cuarto del mesón. Salía a la hora del mercado, tendía sus montones de maíz, almorzaba sus frituras y tortillas en el mismo puesto y pasaba horas debajo de una *sombra* de petate, o platicando con los indios y criadas que le compraban el maíz, y tratando mañosamente de saber la vida y milagros de todos los vecinos de la ciudad, y especialmente la de Cecilia. A la tarde se retiraba, y nadie lo volvía a ver hasta el día siguiente. En poco tiempo se formó una buena clientela de marchantes, porque era muy complaciente con ellos, y aunque no podía disminuir el precio corriente del maíz, porque eso le habría acarreado la envidia de los demás vendedores y despertado sospechas, *sí echaba colmos* con liberalidad, y con esto acudían de preferencia a él y gozaba de la mejor opinión. Un día de cada semana montaba en un caballo flaco y flojo y en una vieja y remendada silla, y recorría los pueblecillos y ranchos cercanos para rescatar maíz, que pagaba al contado, y aun hacía sus préstamos y anticipaciones para obtenerlo más barato.

Ésta era la vida aparente para lo que se llama público; pero la positiva que llevaba era muy distinta. Evaristo tenía dos ideas fijas: *Cecilia* y *dinero*.

No podremos decir que Evaristo estuviese enamorado de la trajinera. La pasión verdadera que se llama amor no puede alojarse en corazones duros y rebeldes a todo buen sentimiento. El que había apaleado a su querida y matado a su mujer, no podía tener sino todo negro en su alma. Lo que acosaba a Evaristo era no sólo un capricho, sino un furor malsano por Cecilia, y había decidido en su interior que sería de él o de ninguno, y en caso de que no pudiese obtener sus favores y correspondencia, no sólo la mataría, sino que la haría sufrir antes cuantos horrores y martirios pudiese. En cuanto al licenciado Lamparilla, estaba irremisiblemente condenado a muerte. No faltaba más que la ocasión; Evaristo la buscaba, pero de modo que el atentado recayera en otra persona, y para combinar este crimen se devanaba los sesos y formaba planes diversos.

En las noches, especialmente las oscuras y tempestuosas, en que ni los gatos ni los perros asomaban las narices, Evaristo rondaba por la casa de Cecilia, trazando planos topográficos como el más consumado ingeniero. Fabricó una fuerte escala de cuerda y, fijándola en una de las canales exteriores, penetraba en la casa durante las ausencias de Cecilia de las dos Marias, ocupadas en México en el puesto de fruta. Hábil como era para el dibujo y las artes, aunque sin educación ni cultura, llegó a formar un plano exacto de todas las piezas y sus entradas y salidas; calculó la altura de las azoteas, los lugares donde podía ocultarse en caso de una sorpresa, o de evadirse una vez sorprendido, y tuvo la fortuna de que, en una de sus excursiones, encontrase abiertas las puertas de la habitación de Cecilia que ya conocen los lectores, y fue para él una noche de delicias. Pasó revista al guardarropa y se consideró, formándose ilusiones, como en el cielo de Mahoma entre las enaguas limpias y olorosas, entre los deslumbrantes castores y finos rebozos y la primorosa colección de calzado de seda. Todo esto lo abrazó, lo besó, lo miró veinte veces y concluyó por arreglarlo todo en el mismo orden en que estaba. Después entró a la recámara, quiso acostarse aunque fuese cinco minutos en la cama; pero reflexionó que no era posible dejarla en el mismo estado, y Cecilia, naturalmente, haría un escándalo. Encontró sobre la mesa y por un lado y otro sartas de corales, hilos de perlas, arracadas, anillos y algunas monedas de oro y plata. Todo lo dejó en su lugar. Era raro este descuido en la frutera; pero un día tuvo tanto que hacer, recibiendo a los arrieros de Tierra Caliente, y luego le mandaron decir de México que *San Justo* volvía a la administración de la plaza, que alarmada con tan grave noticia, todo lo dejó en desorden, y en vez de embarcarse alquiló una vieja carretela que solía hacer viajes, y regresó a la capital. En cuanto a Evaristo, no era tiempo todavía de robar a Cecilia su dinero y alhajas. Quería conquistarla, y si no lo lograba, se vengaría de cualquier manera.

Y al amanecer salió como había entrado, por medio de su escala, muy preocupado y al mismo tiempo contento porque descubrió en sus exploraciones un lugar desde donde, a poco que no estuviese bien arreglada la cortina, podía ver bañar a Cecilia. El día que puso en planta su primer ensayo,

tuvo la desgracia de ser observado por Lamparilla, y como se ha visto, escapó con dificultad.

En sus excursiones en busca de maíz fue un día a dar a la hacienda Blanca; compró allí algunas cargas, una poca de cebada y además un caballo regular del administrador, porque su caballejo ya no podía andar. El bárbaro le había hecho con las espuelas unos grandes agujeros en los ijares, que se le habían agusanado. Con estas relaciones y con nuevas visitas a La Blanca, se hizo de cierta confianza con el administrador y sirvientes, y platicando de una cosa y otra, vinieron a dar en las cuestiones de siembras, de cosechas y de la falta de seguridad, por cuya causa no se había podido arrendar un rancho muy productivo y de buenas tierras.

—Si usted se resolviera a arrendar a mi ama el rancho de los Coyotes, se lo daría muy barato —le dijo el administrador.

—¿Y dónde está el rancho? —interrogó Evaristo.

—Pertenece a esta hacienda, y está aquí arriba, en el monte. Hace años que está abandonado. No hay mayordomos que quieran servir porque no pasa mes sin que los espanten y los corran, porque dizque es la madriguera de los bandidos de Río Frío. Como usted parece hombre resuelto y que no le tiene miedo a nada, podía tomarlo. Tiene buenas tierritas, aunque un poco colgadas, y sus esquilmos de carbón y leña y unos cuantos magueyes. Si a usted le acomoda, hablaré a mi ama y pronto concluiremos el negocio.

—Aunque yo, la verdad, no tengo miedo a nadie, no me gustará verme la noche menos pensada atacado por una cuadrilla de ladrones —contestó Evaristo—. Pero lo pensaré. ¿Se ha oído decir por aquí de algunos robos?

—Ni una palabra: hace mucho tiempo estamos en la mayor seguridad; pero ¿qué quiere usted? Le ha quedado la fama, y no hay quien lo quiera ni dado.

Quince días después Evaristo abandonaba su comercio de maíz en la gran ciudad de Chalco, y se instalaba como arrendatario del solitario rancho de los Coyotes.

El tal rancho estaba situado en la falda del monte, entre Chalco y Texcoco, y era necesario costear por estrechas veredas el alto y majestuoso cerro del Telapón para dar con la casa, que era amplia, con extenso corral, ocho o diez piezas, dos *eras*, una troje grande y un portillo con su cercado, y guardaban el edificio, de uno y otro lado, dos torreones con almenas y troneras, como si fuese una fortificación de la Edad Media; pero todo en un estado de abandono y de ruina que materialmente se caían las paredes a pedazos. De las ocho piezas, dos apenas eran habitables, pues las demás tenían las vigas vencidas y podridas y amenazaban desplomarse; la troje, destechada, la gran puerta de entrada, destrozada y los temibles torreones inclinándose a la izquierda, con los pedruscos descubiertos y amenazando caer sobre el que junto a ellos pasara. En el cuarto de raya había una mesa de cedro, un estante, manojos de llaves, arados, coas, palas y barretas; pero todo mohoso, y el suelo y las paredes con espesas telarañas y capas de polvo. Aquella casa y sus oficinas situadas en una meseta de la montaña, esta-

ban rodeadas de un bosque tan espeso y frondoso que con todo y el sol radiante de los días de primavera aquel lugar era oscuro, pues las copas de algunos fresnos viejos, formando como un colosal paraguas, daban constantemente sombra a la casa. Un ambiente húmedo y perfumado con las resinas de los pinos y oyameles producía una sensación indefinible en los nervios; la soledad y el silencio que sólo eran interrumpidos por la corriente de cristalinos hilos de agua que aquí y allá tropezaban con las piedras, aumentaba el extraño encanto de ese rincón de la montaña. Evaristo no hubiese dado con el rancho, ni aun adivinado dónde estaba, si no hubiese sido conducido por el administrador de La Blanca, que solemnemente le fue a dar posesión.

—Porque lo veo lo creo —le dijo el administrador, mientras Evaristo descargaba una mula en que había conducido dos cajas que contenían ropa y provisiones—. Pero no pensaba que hubiese quien se arriesgara a quedarse en este rancho. Más de cuatro que han venido, al encontrarse en esta escondida soledad se han ido para atrás y se han devuelto conmigo a la hacienda. La verdad es que tiene usted más valor que el que mató al animal. Conque, amigo, nos veremos, que tengo que estar en la hacienda antes de que anochezca, y las subidas y bajadas no dejan de ser peligrosas por los derrumbaderos, que ha visto usted que no faltan. Un tropezón del caballo, y a la eternidad, para ser pasto de los lobos y coyotes.

Evaristo, que encontraba el rancho que ni mandado hacer para la ejecución de sus siniestros planes, sonrió como burlándose de las observaciones del administrador y le contestó:

—¿Qué quiere usted, amigo? Los pobres tenemos que acostumbrarnos a todo; y cuando es uno hombre de bien y tiene cuatro *tlacos*, es fuerza trabajar. Si los ladrones vienen, para eso son las pistolas que le compré a usted y el fusil que me ha prestado. Se gastarán las paradas de cartuchos, y esto es todo.

El administrador apretó de buena gana la mano de Evaristo, asombrado de su valor y de su honradez, y pronto desapareció en el recodo de la vereda.

Cuando Evaristo acabó de descargar la mula y de desensillar su caballo, los condujo a la caballeriza y los ató al pesebre; una verdadera madriguera de murciélagos, que comenzaban a removerse, pues era ya la hora del crepúsculo, espantaban al caballo y a la mula, y zumbaban sus alas muy cerca de las orejas del tornero. Echóles maldiciones como salidas de tal boca, y volvió con su espada, dando tajos y reveses al aire, sin más resultado que espantar más a aquella numerosa colonia de *ratones viejos*, como les llaman los muchachos, y que hacía años estaban en tranquila posesión de la caballeriza. Reflexionando en lo inútil de su lucha, Evaristo pensó que había olvidado dos cosas muy esenciales, que eran una ración de cebada y algunas velas. Como la tarde se le iba a toda prisa y presagiaba una noche negra, se apresuró a terminar pronto lo que tenía que hacer para medio arreglar su instalación. Con una de las viejas coas cortó del monte pasto suficiente, limpió la basura del pesebre lo mejor que pudo y dejó cenando a los animales,

ya menos espantados del aleteo de los murciélagos que sin cesar entraban y salían.

Registró con más atención las piezas de la casa, que las sombras crecientes de la tarde hacían más lóbregas y tristes, y lo mejor que encontró para pasar la noche fue un rayador, que tuvo que despojar de los montones de basura, que con las palas arrojó al patio. Tendió en un rincón sus armas de agua y sus frazadas, colocó en vez de almohada su silla de montar, y con esto pasó el mal humor que le causaron los murciélagos, creyendo que iba a dormir como un patriarca. La falta de velas la supliría haciendo una buena lumbrada frente a la puerta del cuarto, lo cual contribuiría a disipar la humedad.

Afanado y distraído con estos trabajos, pasó el tiempo sin sentir; cerró la noche, efectivamente negra y húmeda, y comenzaron a escucharse los ruidos misteriosos de la montaña. Hasta ese momento no reflexionó Evaristo en que estaba solo, enteramente solo en medio de aquel monte espeso, y como secuestrado e incomunicado con el resto del mundo. ¿Encontraría al día siguiente el camino para volver a La Blanca o a Texcoco y proveerse de tantas cosas como le faltaban? Esta duda lo hizo estremecer. No todas las veredas, formadas únicamente por el paso de los toros y vacas, estaban bien marcadas. Además, había puntos donde se dislocaban tres o cuatro senderos, necesitándose descender hasta el fondo de las barrancas y subir por el lado opuesto, donde continuando la vereda a la izquierda y a la derecha no se sabía cuál camino se debía seguir para llegar a Texcoco o a La Blanca.

Con las provisiones que había traído en una de las cajas tendría tal vez para ocho o quince días. Pero si el administrador o alguno de los criados de la hacienda no lo venían a ver, ¿qué haría?

En el bosque abundaban conejos, liebres, venados, y los árboles estaban cuajados de pájaros. Aunque no era cazador, algún animal había de matar con el fusil o con las pistolas. Esta idea lo tranquilizó, y fiado en su memoria y en las prácticas de la vida campestre que había adquirido durante su residencia en la hacienda del conde del Sauz, estaba seguro que encontraría el camino a la mañana siguiente, se traería un par de indios de la montaña que conocieran los senderos y encrucijadas, y le servirían de compañeros y de criados y peones para comenzar los trabajos agrícolas a que de pronto tenía que dedicarse para el desarrollo de sus planes.

Evaristo soltó una carcajada burlándose de su pueril miedo, y haciendo un huacal con las ramas y leña que recogió en el monte, intentó darle fuego y mantener la lumbrada la mayor parte de la noche.

—Si logro que Cecilia —dijo en voz alta— me quiera, o la engaño, me la robo y la traigo aquí. ¿Quién la sacará de mis uñas? Ni todo Dios con su gran poder. Mía y no más que mía, y aunque grite y se desespere, nadie la oirá; y yo, además, adiestraré a mis indios para que, cuando llegue el caso, me ayuden...

—No es tan fácil —continuaba hablando y tratando de encender el fuego—. Cecilia no es de esas mujeres que como corderos se dejan apalear y

matar, como Casilda y Tules. Se defenderá y podrá ser que ella me mate a mí; además, es fuerte y atrevida, y en una lucha cuerpo a cuerpo quién sabe cómo iríamos. Se necesita un bebedizo que la haga dormir, que cuando menos le quite las fuerzas... Ya pensaré. El boticario de Chalco, que me debe veinte pesos y que sin duda está arrancado, pues no me ha pagado como otras veces, podrá proporcionarme algo... Le diré que no duermo..., que..., ya veremos. Cecilia tiene que venir de un día a otro a este rancho, pero yo lo pondré limpio y arreglado como ella tiene su casa. ¿Si diera la casualidad de que encontrase pronto a Casilda? No sería tan malo; a ésa, a cuartazos la haría andar; y con todo, es a la única que de veras quiero y que me hacía trabajar y ser hombre de bien... Pero éstos eran otros tiempos... y no hay que acordarse de ellos. Evaristo el tornero, el que tenía la tontera de dedicarse un año entero en hacer una almohadilla para que un roto arrastrado le diese de bastonazos en la calle de Plateros, ya no existe. Ya verán ese roto y sus iguales lo que se les espera conmigo.

En estas y otras reflexiones pasaba el tiempo. Evaristo estaba a punto de acabar con su yesca y con el manojo de pajuelas que tuvo la precaución de traer, y la leña y ramas húmedas no podían arder. Oscura completamente la noche, Evaristo entró a tientas a las piezas a buscar palos, leña o siquiera basura seca para alentar la hoguera, y no encontró más que la única silla quemable en el rayador, pues era una especie de butaca de vaqueta.

A punto de concluir la última pajuela, un trozo de silla que había hecho pedazos contra el suelo prendió fuego y en breve hizo una buena lumbrada entrando de nuevo a las piezas a buscar alguna otra cosa, a fin de que durase toda la noche, hasta que tropezó en lo que había sido comedor con un estante de pino apolillado. Con facilidad arrancó una puerta, que hizo rajas con la barreta, y en breve logró un fuego que alumbró las negras profundidades del espeso bosque. Evaristo, fatigado, se sentó junto al fuego a meditar y combinar el giro que debía dar a su vida para llegar a los dos resultados a que aspiraba: *Cecilia* y *dinero*, pero mucho dinero, porque la lujuria y la avaricia se habían apoderado por completo de su alma.

A cosa de media noche, los aullidos de los lobos y coyotes, que al principio había escuchado muy lejanos y en los que distraído con sus maquinaciones no había fijado su atención, se hicieron más perceptibles y cercanos, mezclándose de vez en cuando con algún rugido de tigres.

Evaristo no había pensado en las fieras, que abundaban en ese monte. Olfateando carne que devorar y atraídos por la lumbre, andaban ya muy cerca. Entró al cuarto en busca de las armas y resolvió sostener la lucha. Una hora después los enemigos estaban muy cerca y en gran número. Evaristo disparó hacia el punto donde le parecía, por el terrible y descompasado concierto, que venía el ataque, sin más resultado que aumentar la furia.

—¿Si será mi suerte morir devorado por estos animales feroces? —se dijo.

Evaristo era un hombre compuesto de miedos pueriles y de atrevimientos salvajes. Todo campesino sabe que si las hogueras atraen a las alimañas

del monte, también le tienen miedo al fuego, y que es un resguardo estar junto a él.

En el pánico que le sobrecogió y que lo hizo temblar, lo mejor que pensó fue apagar la hoguera con tierra y entrar y encerrarse en el cuarto, sin pensar que las víctimas deberían ser el caballo y la mula, cuyo albergue no tenía sino unas trancas débiles y carcomidas. Atrancó bien con las barretas y palas, y no contento con esto, arrimó la mesa contra la puerta y, considerándose seguro, y fatigado por otra parte con la caminata y trabajo, se echó en su improvisada cama y no tardó diez minutos en dormirse.

Un punzante dolor, como si le hubiesen picado en el muslo con una lezna, lo despertó. Acudió con la mano, y un piquete igual en el dedo lo hizo saltar y sentarse. Un tercer piquete en una nalga lo hizo poner en pie y lanzar un grito de dolor y de rabia. Por sus piernas y espaldas sentía la carrera de los alacranes. Se quitó precipitadamente la camisa, haciéndola pedazos, no sin recibir tres o cuatro lancetazos más. En sus calzoncillos había un nido de cochinillas y de multitud de insectos que se habían criado con la humedad y basura de aquel cuarto, donde hacía cinco años que no había entrado alma humana. Pero un ruido seco y acompasado, que cesaba y volvía a comenzar, le indicó que había, debajo tal vez de su silla de montar, una culebra de cascabel. Evaristo se llenó de horror, se encomendó a Dios y se puso a llorar como un niño.

—Es el último día de mi vida. Voy a morir aquí encerrado en esta tumba, y matado por estas culebras, pues muchas debe haber en esta infernal caverna.

No se atrevía a dar un paso y escuchaba con horror el ruido de los cascabeles, ya por un rincón, ya por otro; se figuraba, y con razón, que el suelo estaba lleno de serpientes, y un paso sobre alguna de ellas era la muerte instantánea y segura. Algo tenía que hacer: le ocurrió una idea salvadora y fue subirse a la mesa. Descalzo, con el calzón blanco desgarrado, ¿cómo atravesaría desde su rincón hasta la puerta, donde había colocado la mesa, sin ser mordido? El ruido cercano del cascabel le dio ánimo; se movió, y a tientas y con dificultad, pues se le había vuelto el cuarto de arriba abajo, logró encontrar la mesa y trepar a ella.

El peligro y el susto que le causó la certeza de que había cerca de él serpientes que mataban con su mordida, ocasionando horas de horribles ansias y tormentos, le habían hecho olvidar los piquetes de los alacranes, menos venenosos en la tierra fría, pero que le causaban dolores agudos y un escalofrío que era más fuerte hallándose completamente desnudo y de pie en el único refugio que le reservó la Providencia, siempre compasiva aun con los más endurecidos criminales. ¡Qué noche! El viento chiflando por las rendijas de la puerta vieja y casi desarmada del cuarto, los rugidos de los tigres y los descompasados aullidos de los coyotes, que se disputaban la carne de la mula y del caballo, y en los pocos instantes de silencio el ruido monótono y aterrador de los cascabeles de la culebra. Evaristo, dando diente con diente, con la cabeza como un volcán y la lengua espesa y gorda que no

le cabía ya en su boca: ¡Qué noche! Los minutos le parecían años y las horas, siglos.

En medio de esta oscuridad y de este horror, Evaristo veía clara y distintamente el cadáver de Tules, con sus ojos azules y resignados, derramando borbotones de sangre por el ancho agujero de su herida. Entonces creía estar ya en el infierno y que el sol no volvería a salir. Se figuraba que llevaba años de estar temblando y esperando la muerte, subido y como clavado en aquella maldita mesa.

CAPÍTULO XLIV

EVARISTO SE CONVIERTE EN UN HONRADO AGRICULTOR

El sol salió, como de costumbre, despertando a los pájaros cantores, pintando de esmalte verde las hojas de los árboles, húmedas con el rocío, y de variados azules las lejanas montañas. Las fieras y alimañas, saciadas con su banquete nocturno, volvieron a sus madrigueras, y la culebra de cascabel entró a su agujero, esperando cazar un ratón u otro animalito, ya que no había tenido el acierto de morder un talón del réprobo que vino a turbar su reposo.

La luz hizo un bien a Evaristo, que fue recobrando no sólo su ánimo sino sus feroces instintos. Descendió, sin embargo, de la mesa con mucha precaución, abrió la puerta de par en par, registró cuidadosamente su ropa y calzado para cerciorarse de que no quedaba pegado ningún alacrán. Se vistió y salió a la caballeriza. El caballo y la mula, mal atados al pesebre, seguramente en los momentos en que fueron cercados por los lobos y tal vez por un tigre, queriendo huir o defenderse, se ahorcaron con el cabestro que tenían al cuello y fueron pasto de las fieras. Del caballo no quedó más que el esqueleto. De la mula había todavía una mitad, que serviría para la cena de los lobos en cuanto se hiciera de noche. ¡Lo que los pobres animales sufrieron al ser devorados lentamente a mordiscos, no se puede ni imaginar sin dolor y lástima! Pero a Evaristo no le pasó por la imaginación eso, sino que, echando un juramento contra los coyotes, contra los alacranes y sobre todo contra la culebra de cascabel, a la que se proponía buscar y matar, pensó en la pérdida de los veinticinco pesos que le había costado la mula y de los cuarenta que había dado al administrador de La Blanca por el caballo. ¿Qué hacer? ¿Pasar otra noche terrible como la que había precedido? ¡Imposible! Las culebras y los alacranes saldrían de sus agujeros y lo devorarían. Los lancetazos de los alacranes se le habían inflamado y sentía, no obstante lo fresco de la mañana, que tenía fiebre, y la lengua torpe, gruesa y seca. Lleno de miedo, recogió sus arneses y frazadas, las colocó sobre la vieja mesa que fue su tabla de salvación, y resolvió ponerse en camino. Cuando vino a tomar posesión del rancho con el administrador, andando a buen paso, dilató cosa de cinco a seis horas. A pie necesitaría doble tiempo. ¿Sabría el ca-